







ANUNCIOS.

100.000 VARAS DE ORGANDÍ y varas á 3 rs. Indianas color mahón á 2 rs. y foulard de seda á 4 rs. Concepción Gerónima, núm. 13. SE VENDE UNA CASA EN ESTA...

BANCO DE PREVISION Y SEGURIDAD.

Presidente: Excmo. señor marqués de la Mesa de A-sta, grande de España. Vice-presidente: D. Antonio Aparisi y Guizarro, diputado á Cortes. Secretario: D. José Córdoba, propietario. Esta compañía es la UNICA en su clase que excluye terminantemente de sus Estatutos...

cion mensual: interés abonado 0'75 por 100 al mes, ó sea 9'38 por 100 al año. Dirección general: Espoz y Mina, 15 (solar del teatro de la Cruz).

UNA SEÑORA QUE POSEE TODAS las habilidades en cortar y coser, bordar y demás labores de su sexo. Desea encontrar colocación en una casa de doncella ó ama de gobierno; tiene personas que la abonen. Calle de Capellanes, núm. 1, duplicado, cuarto cuarto de la izquierda.

COSTURERA.—SE NECESITA UNA, que sepa coser á máquina. Calle del Príncipe, núm. 10, tienda.

ANIVERSARIO.

Todas las misas que se celebren mañana 12 de julio, en la iglesia parroquial de San Luis de esta corte, serán aplicadas por el eterno descanso del alma de D. Hilario Torrero, que falleció en igual día del año de 1861.

TERRENOS EN VENTA.—EL DIA 17 del corriente á las doce se subastan en el juzgado de primera instancia del distrito de Palacio varios terrenos de dos ó tres fanegas de superficie tasados al tipo de 10,000 reales fauega, y situados en las afueras de la puerta de Atocha, dentro del nuevo ensanche de Madrid. En la escribanía de nú-

mero de D. Miguel Castillo y Alva, están de manifiesto los planos que demarcan dichos terrenos y la titulación completa. Se responde de la evicción y saneamiento, y no se admitirá postura que no cubra la tasación.

BIEN CARTAS, 100 SOBRES, LA-Cere, plumas, oblate, polvos, tinta, lapicero, plumas y una falsilla, antes 15 reales ahora 12. Se regala un par de jermelos finos. Plaza de Matute, núm. 4, almacén de papel de Carretero.

IMPRESA DE LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA. Editor D. Hilario de Zuloaga.

LOTERIA MODERNA.

Table with columns for 'Estracción de hoy', 'Números tomados al oído', and 'Con 100 duros'.

Table with columns for 'Con 100 duros' containing multiple columns of numbers.

Table with columns for 'Con 100 duros' containing multiple columns of numbers.

Table with columns for 'Con 100 duros' containing multiple columns of numbers.

Table with columns for 'Con 100 duros' containing multiple columns of numbers.

minación indicó que la concurrencia se debía dirigir á la sala del concierto. Con efecto, dos pajes se dirigieron hácia ella. El caballero y la princesa también. Esta fué la señal. Uno de los ministros ofreció el brazo á la señora de Leryn. Saint-Max se precipitó hácia Julieta, pero ya era tarde, el pintor Segismundo le se había adelantado. En cambio, Pelagia le tomó familiarmente el brazo, diciéndole con su tonillo burlón: —Lo siento, señor crítico, pero tenéis que resignaros á ser mi caballero. Está en el programa.

CAPITULO XIII.

A cada instante, y con una creciente sorpresa, fué Saint-Max reconociendo nuevos é inesperados convidados. Así, por ejemplo, al aspecto del cosechero Genies creyó estar sonando; pero no había duda, era él, el mismo quien con una rara, y para Saint-Max asombrosa temeridad, daba el brazo á la condesa de Essorles y había como si tal cosa con los mas encumbrados personajes. Que el caballero Du-Vernais hubiera querido reunir todas las notabilidades de la prensa y aun de la industria, esto se comprendía perfectamente, pues tal es el carácter de un raout en la sociedad parisiense, donde un señor Dastol, director de una revista importante y uno de los primeros librereros de París, estaba en su lugar; pero Genies y aquel oscuro periodista á quien hemos visto en el concierto tocando el tambor sobre el sombrero ¿con qué derecho asistian? La presencia de lord Plent y de la lady Standfield era muy natural; pero la del modesto grayador Simian y su mujer, que apenas podía decirse pertenecían á la clase media, y además con sus hijos, era cosa que sobrepasaba los límites de la verosimilitud. Y para que todo fuese raro aquella noche Saint-Max, á quien había chocado el aspecto de un joven de rigoroso luto que se dirigía hácia el salón del concierto, y que saludó al caballero como á un íntimo conocido, al pasar cuando ya le creía lejos, volvió la vista y se lo encontró á su lado. Lo mismo que la primera vez, la mirada del desconocido se fijó obsesivamente en él, sus cejas se fruncieron, una sonrisa amenazadora plegó sus labios y su fisonomía de una dulzura femenil tomó un carácter enérgico de odio. La segunda como la primera vez la escena no duró mas que un relámpago. A la expresión de la mas desdichosa colera sucedió sin

transición una encantadora serenidad, y el desconocido joven desapareció de nuevo. Precedido por Julieta y Segismundo, el caballero de Pelagia penetró por una larga galería de cristal, tapizada de flores, á cuyo fin y volviendo á la derecha, estaba el invernadero espléndidamente iluminado y decorado con un lujo oriental. Era la mas bella sala de concierto que pueda imaginar un poeta: la hada de la armonía debía haber presidido á su creación. Por todas partes se oían exclamaciones de admiración. —Señor caballero, dijo al entrar la princesa, nos recibís de un modo régio. —Esa palabra de vuestra alteza me recompensó mucho mas allá de mis esperanzas. En medio de una gradería dispuesta en anfiteatro observando las leyes de la acústica, se elevaba, aunque muy poco, una especie de palco que se había destinado á la princesa. La última sorpresa le estaba reservada á Saint-Max al entrar en la sala. Con efecto, lo primero que distinguieron sus ojos, fué á Remy de Santorin, que de pie y en medio de una completa orquesta saludaba de lejos á la princesa. Los coros eran numerosos y delante de ellos, como si dijéramos en el puesto de honor, se distinguían á un lado á la Bethsabé y Florestar, al otro al poderoso bajo profundo Melter y al brillante tenor Martinol. Un poco mas cerca de Remy estaba el célebre actor Hermann y el no menos célebre por otro estilo D. Agapito, que esta vez llevaba corbata blanca. La historia no podrá menos de consignar una página á tan memorable escepcion. —¿Tenéis algo, Sr. Saint-Max, preguntaba en un tono burlón Pelagia. Os habeis puesto de un color cadavérico. Cualquiera os tomaría al veros por el autor del poema ó de la música. ¿Padeceis alucinaciones? El calor, no es así? Y sin embargo, á mi se me figura esta atmósfera muy agradable. Saint-Max había perdido el habla, y apenas tenía fuerzas para ocupar su asiento entre Pelagia y Segismundo. Pelagia seguía informándose de su salud con una solicitud cruel. —¿Alguna impresión fuerte, ¿eh? continuaba. ¿Os ha pasado? Dicen que los baños de mar son muy buenos para fortalecer los nervios; pero yo no creo tal cosa. ¡Aunque como trabajáis tanto! Ya se ve! No puede ser bueno ¡calentarse tanto la cabeza... un folletín enorme todas las semanas... y además la Revista. Nada, nada, os aconsejo un poco de descanso, pues tanto trabajar os va á traer malas consecuencias. ¿Conocéis á este

señor tan risueño que está detras de nosotros hablando con la de Essorles? Saint-Max se volvió y se encontró con la cargante risita de su amigo el robusto Genies. De pronto todo quedó en silencio. Hasta Pelagia cesó de atormentar á su vecino. Como por esta vez no hubo que poner acordes los instrumentos, D. Agapito se adelantó en su calidad de representante-organizador, saludó profundamente tres veces, y anunció que se iba á ejecutar la sinfonia titulada El Soldado, música y letra del Sr. Remy de Santorin, precedida de un prólogo en verso escrito por el conocido poeta Sr. Cerbois. Este señor, literato inofensivo y laborioso, y que gozaba de una justa reputación, era el que había sido impuesto por el caballero Du-Vernais como redactor principal de la Revista. Saint-Max, que no podía temer suplantación ninguna por tan leal colega, aceptó su cooperación contentísimo; pero el caballero era director-fundador y propietario único. En las miradas que le dirigían actrices y actores, y hasta en la ester otipada risita de D. Agapito, leía Saint-Max su condenación. Todos parecían satisfechos de lo que iban á ejecutar. —¡Estoy siendo el hazme reir de todos! Estoy perdido! Me arruina y me deshonoran! Bien: se decía á sí mismo Saint-Max. Puedo ser un intrigante, pero no un cobarde. ¿Con que me creéis auzad y os burláis de mí de esta manera?... ¡Cuidado con conducirme hasta la desesperación! Hechas estas reflexiones, rápidas como el pensamiento, irguió la cabeza, reanimó el semblante y lanzó miradas amenazadoras al escenario, buscando aunque inútilmente la mirada tranquila de Remy de Santorin. Enseguida volviéndose hacia Pelagia, iba sin duda á contestarle cuando el actor Hermann se adelantó á recitar el prólogo. CAPITULO XIII. Continúa la tormenta. Es de todo punto inverosímil que pueda guardarse un secreto por espacio de cuatro días y por cerca de doscientas personas; sin que se trasluzca alguna cosa siquiera, y sin embargo, el celo de nuestro D. Agapito, el de la corbata rosa, operó este verdadero milagro. El primer medio de que se valió para lograrlo, y no fué el úsico, consistió en no decir á ninguno una palabra. El procedimiento fué el siguiente: la misma mañana del día que siguió á la ya refe-

rída catástrofe musical, él en persona recorrió casa por casa la de todos los músicos hostiles á Remy, les recogió la música de la sinfonia y los citó para el oscurecer del siguiente jueves. —Para qué es preguntaban todos. —Para un negocio excelente, contestaba á las ocho en punto, en mi casa, con los instrumentos. —Y que música llevo? al dido. —Ninguna. Yo me encargo de todo. Ya sabéis que entiendo mi oficio. Frac negro y guante blanco. Tocado de corte, señoral! Todo esto es de rigor. Vamos á buen sitio. Exactitud. Y hasta la vista, que tengo mucha prisa. Los demás ejecutantes, amigos de Santorin, que eran los mas fueron citados por los hermanos, hermanas, cuñados y cuñadas de D. Agapito, quien puso en un vivo aliento á toda su familia aunque con una discreción sin igual, pues tampoco les dijo nada. Cundió la voz de que se daba un gran concierto. Unos decían que en el Palais-Royal, y otros en la embajada inglesa, en el Eliseo, hasta en las Tullerías. —Pero ¿dónde quierá, ¿qué importaba á Saint-Max? Para advertir, á las siete en punto del día citado, todos, sin escepcion, hombres y mujeres partieron en carruaje, y sin saber la donde, de casa de D. Agapito, que era quien había dado la consigna á los cocheros. Cualquiera que hubiera querido atravesar la calle de Rivoli ó la del Baz mientras pasaba aquella fila de carruajes de todas clases, puestos en requisición para aquellas circunstancias, hubiera creído que todos los vehículos de París emigraban á Grenoble; pero no era así, pues el cortejo se detuvo en la calle de Varennes, ante un hotel, donde de Carlos Saint-Max se levantaba de la mesa en aquel momento. Allí desembucharon el cargamento que traían de hombres, mujeres, violines, trompetas, contrabajos y demás y se fueron desbandando poco á poco. Entraron músicos y coros y sobre sus pupitres, ya ordenados, encontró cada cual la partitura de El Soldado por el Sr. de Santorin. —Suprimimos aunque con pesar, el discurso que ya allí reunidos les pronunció D. Agapito; basta saber que amigos y enemigos aplaudieron unánimes. A los artistas de rango superior se les previno de otro modo, y como en la vida. El caballero Du-Vernais en persona, fué á casa de la Bethsabé y la Florestar. Cortés, atento, millonario, director-proprietario de la Revista Universal, y por completo fuera de la alta aristocracia, y en favor de la corte, ¿qué decir mas? Se prestaron gustosísima á todo.